

GONZÁLEZ GARCÍA y MARTÍNEZ BISBAL, J. (eds.): *Autobiografía de Giambattista Vico*, Siglo XXI, Madrid, 1998.

FRANCISCO JOSÉ MARTÍNEZ

Moisés González y Josep Martínez nos presentan una esmerada edición de la *Autobiografía* de Vico que tiene la particularidad de haberse efectuado a partir de la edición crítica que el Centro di Studi Vicchiani de Nápoles ha preparado en el marco de la Edición Nacional que de las obras del autor napolitano se está llevando a cabo en Italia. Siempre es bien venida la edición de un clásico y especialmente si se apoya como ésta en una edición crítica. En un momento como el actual de tanta inflación de palabra vacía la lectura de los clásicos es uno de los pocos placeres que puede tener todavía el lector de filosofía. Y especialmente de un clásico como Vico tan poco conocido en nuestros lares. Vico (1668-1744), catedrático de Retórica de la Universidad de Nápoles, autor de numerosos escritos sobre filosofía del derecho y derecho romano que no le permitieron, sin embargo, ser catedrático de Derecho Civil en su Universidad, muy preocupado por la pedagogía, sobre todo en las lecciones inaugurales de Curso que pronunció durante varios años, es conocido fundamentalmente por su monumental *Ciencia Nueva* dedicada al análisis de «la naturaleza de las naciones» que apareció en tres ediciones sucesivas y cada vez más ampliadas en 1725, 1730 y 1744, esta última póstuma.

Vico es un claro exponente del ambiente contrarreformista que dominaba los países latinos y, especialmente el Sur de Italia, una vez concluidas las guerras de religión. Aunque en su juventud tuvo veleidades materialistas fruto de sus estudios clásicos, especialmente de Lucrecio, que se concretaron en la publicación en 1693 de la canción *Affetti di un disperato*, en seguida se adecuó al ambiente (no en vano ya en 1686 la Inquisición había iniciado un proceso contra algunos a los que denominaba «ateístas»), aunque en las filas de aquellos «novatores» que en Venecia y Nápoles se oponían a los estratos más conservadores alineados con los jesuitas. Su afán integrador se percibe en su obra en la que muestra, como muy bien dicen los editores, «una visión providencialista del derecho y de su historia capaz de enfrentarse desde el catolicismo al iusnaturalismo protestante y a la erudición libertina, y capaz también de respetar el libre albedrío y de conciliar la universalidad de los principios del derecho y la diversidad cultural».

Como él mismo nos dice los cuatro autores que más le influyeron fueron Platón, Tácito, Bacon y Grocio. No le gustaba la metafísica aristotélica que conocía a través de Suárez y sí en cambio su física que estudió junto con la de Epicuro y la de los estoicos para concluir

con la de Descartes. De Platón aprendió como debían ser los hombre mientras que en Tácito conoció cómo eran éstos realmente. De Bacon recogió fundamentalmente su método dividido en dos partes: la destrucción y la construcción. Y de Grocio algunos fundamentos del derecho natural. En sus estudios siempre mostró «ser de mente metafísica» lo que le llevaba a estudiar lo verdadero por géneros y siguiendo una división exhaustiva que agotara los temas. Y así hizo en sus estudios de derecho centrados en el derecho romano pero que pretendían establecer «los principios del derecho universal». En sus lecciones inaugurales y en un escrito aparecido en 1709 titulado *De nostri temporum studiorum ratione* plantea sus posiciones en torno a las ciencias de su época y su enseñanza, denunciando, como muy bien señalan los editores, las consecuencias negativas para la formación de los jóvenes del predominio del cartesianismo por lo que podría significar de abandono de las letras y de los saberes propios del mundo civil en beneficio del estudio del mundo natural. Vico tiene un ideal unitario del saber, saber que tiene que ponerse al servicio de la felicidad humana, lo que muestra el compromiso civil que el sabio tenía en relación a sus compatriotas en la concepción del filósofo napolitano. Las pretensiones unitarias de su saber se derivan de su ocupación en la retórica, ya que en la tradición clásica la elocuencia era el compendio de todos los saberes.

La aportación fundamental de Vico es ese esbozo de filosofía de la historia y de

análisis social y político de las naciones que se condensa en su «ciencia nueva» del mundo civil. Conocer las naciones no sólo es más útil para el hombre sino incluso más fácil ya que al ser el producto de los propios hombres está más cercano a ellos que el mundo natural que no han construido. La idea del mundo civil como producto de la acción humana tendrá una fecunda herencia en el ámbito de las ciencias humanas y será lo que resuene, por ejemplo, en la obra de Marx. Esta fecunda idea se mezcla en su obra con una masa ingente de informaciones no todas debidamente contrastadas en las que se combina la ciencia y el mito, la historia de las lenguas y la historia de las cosas, en una escritura que no deja de tener cierto parecido con la de G.B. Piranesi con el que compartía el amor a las antigüedades romanas y el afán erudito en un marco anticartesiano y antimecanicista de sabor casi prerromántico.

La obra aquí comentada se inscribe en el género retórico de la *laudatio*, más que en el propiamente dicho autobiográfico ya que la primera persona del autor no aparece nunca. Esta autobiografía no está escrita como parte de una técnica del yo que fuera capaz de contribuir a la autoconstitución de Giambattista como sujeto individual, sino que se ajusta más al género de las vidas ejemplares de los grandes hombres. No podemos olvidar que así le fue encargada por el conde veneciano Gianartico di Porcia para formar parte de una serie de vidas de autores célebres italianos de su época, cuyo objetivo último era servir de ejemplo a seguir a los jóvenes. El esquema de auto-

biografía diseñado por Pocá era muy rígido y comprendía los orígenes familiares del autor, sus estudios que tenían que analizar de forma crítica apuntando los defectos que hay que evitar y los ejemplos saludables que hay que seguir, dando lugar a una crítica de la formación escolástica tradicional a través de su propio caso. A continuación el autor tenía que tratar los saberes a los que se había dedicado explicando sus fuentes tanto las utilizadas como las desechadas, recogiendo las críticas y alabanzas que a sus obras se han hecho y si tiene que retractarse de

algo de las mismas. El objetivo utilitario del proyecto se trasluce en la insistencia en anteponer el bien de la entera nación a la vanagloria de los propios autores. Vico cumple perfectamente el encargo y a la fidelidad al mismo se puede atribuir la sequedad y el desapego que a veces se nota en el escrito, lo que no obsta para que la lectura del mismo sea recomendable para todos los que deseen asomarse a esa época y ese medio cultural fascinante en donde la Ilustración emergente muestra ya características que anuncian el no tan lejano ni extraño romanticismo.